

La Necesidad De Crear Y Mantener Escuelas Cristianas

Martín Lutero

1524

Exhortación A Las Autoridades Municipales De Alemania¹

Gracia y paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Prudentes, sabios y amados señores: Por cuanto hace ya tres años que he sido excomulgado y proscrito, debería haberme callado si temiera los mandatos de los hombres más que a Dios. Por esa razón hay muchos en Alemania, tanto de elevada como de baja alcurnia, que persisten en perseguir mis discursos y escritos, y que por esa causa derraman mucha sangre². Sin embargo, Dios ha abierto mi boca y me ha ordenado hablar, asistiéndome además con gran firmeza, y, sin mi consejo ni concurso, fortalece y promueve tanto más mi causa cuanto ellos se enfurecen, como si se riera y se burlara del furor de ellos,, según dice el Salmo 2³. Por este solo hecho, quien no esté obstinado puede advertir que esta causa tiene que ser propia de Dios, puesto que aquí se evidencia la índole peculiar de la palabra y obras divinas, que siempre se acrecientan más cuanto más se las persigue y se pretende sofocarlas.

Por esta razón quiero hablar —como dice Isaías 62— y no callar, mientras viva, hasta que la justicia de Cristo surja como resplandor y su gracia salutífera se encienda como una lámpara. Y ruego, pues, a todos vosotros, mis queridos señores y amigos, que recibáis amistosamente el presente escrito y exhortación y lo toméis a pechos. Pues, sea yo personalmente lo que fuere, puedo sin embargo gloriarme ante Dios con buena conciencia de que en este asunto no busco mi provecho, cosa que conseguiría más fácilmente guardando silencio. Por el contrario, me animan las mejores intenciones para con vosotros y toda la nación alemana, a donde Dios me ha comisionado, crease o no. Deseo aseguraros y declararos, con franqueza y confianza, que si me obedecéis en esto, sin duda no me estáis obedeciendo a mí, sino a Cristo; y el que no me obedece, no me desprecia a mí, sino a Cristo. Pues sé muy bien y estoy seguro de lo que digo y con qué propósito enseño, cosa que podrá advertir también por sí mismo todo el que examine mi enseñanza debidamente.

¹ Título en el original: "An die Radherrn aller Stedte deutsches lands: dass sie Christliche schulen auffrichten un hallen sollen": A los consejeros de todas las ciudades de Alemania: que deben crear y mantener escuelas cristianas.

² Heinrich Vos y Johann von der Eschen fueron quemados en Bruselas el 1 de julio de 1523. Son considerados los primeros mártires protestantes.

³ Sal. 2:4.

En primer término, se advierte actualmente en toda Alemania que en todas partes se permite la decadencia de las escuelas. Las universidades se están debilitando y los conventos declinando. Esta hierba se seca y la flor cae, como dice Isaías⁴, porque el espíritu de Dios sopla sobre ellas y por medio de su palabra las consume con los ardientes rayos del evangelio. Pues ahora se hace evidente por la palabra de Dios que esta actitud no es cristiana, y sólo tiene en vista los intereses del estómago. En efecto, por cuanto la turba carnal observa que ya no están obligados ni pueden arrojar a sus hijos, hijas y parientes en conventos y escuelas catedralicias, desalojándolos de sus casas y bienes y poniéndolos al amparo de bienes ajenos, ya no hay nadie que quiera hacer educar a sus hijos o que estudien. "¿Para qué hacerlos estudiar —dicen ellos— si no han de llegar a ser curas, monjes y monjas? ¡Es mejor que aprendan algo con qué ganarse la vida!" Esta declaración de ellos mismos demuestra suficientemente cuáles son las ideas e intereses de esta gente. Pues si no hubiesen procurado solamente la satisfacción del estómago y el alimento temporal para sus hijos en los conventos y escuelas catedralicias o en el estado eclesiástico, y si hubiera sido su sincera intención buscar la bienaventuranza y salvación de sus hijos, no dejarían caer los brazos de esta manera, diciendo: "Si el estado eclesiástico no vale nada, renunciaremos también a la enseñanza y no haremos nada por ella". Antes bien, dirían: "Si es cierto, como enseña el evangelio, que ese estado es perjudicial para nuestros hijos, entonces, estimados señores, enseñadnos otro modo agradable a Dios y saludable para nuestros hijos; pues quisiéramos proveer a las necesidades, no sólo del estómago de nuestros queridos hijos, sino también de su alma". Así, por cierto, hablarían de estas cosas padres realmente cristianos y fieles.

Mas no es de extrañar que el maligno diablo encare el asunto de esta manera y sugiera a los carnales corazones mundanos que abandonen de este modo a los niños y adolescentes. ¡Es comprensible! Él es el príncipe y dios del mundo⁵. ¿Cómo podría agradarle que sean destruidos por el evangelio sus nidos, los conventos y las pandillas eclesiásticas, en los cuales más pervierte a la juventud, en la que tiene gran interés y más le importa? ¿Cómo podría permitir o alentar que se eduque debidamente a la juventud? Por cierto, sería un necio si admitiese o ayudase a instituir en su reino aquello que muy pronto lo destruiría, cosa que sucedería si perdiese el sabroso bocado, la querida juventud, y tuviese que permitir que, a costa y con los bienes de él, aquella se conservara para el servicio de Dios.

Por lo tanto, procedió muy sabiamente en la época en que los cristianos hacían educar e instruir cristianamente a sus hijos. La juventud pretendía escapársele por completo, erigiendo en su reino algo intolerable, por lo cual procedió a tender sus redes, estableciendo tales conventos, escuelas y estados, de modo que no era posible que se le escapara algún muchacho, a no ser que mediara un milagro especial de Dios. Pero al advertir que tales artimañas se van descubriendo por causa de la palabra de Dios, se pasa al otro extremo pretendiendo que ahora no se aprenda nada. Nuevamente procede con acierto e inteligencia para conservar su reino y retener a los jóvenes. Si los retiene, crecerán bajo su poder y serán suyos. ¿Quién podrá quitarle algo? Entonces ocupará plácidamente el mundo, pues para que le sobrevenga un perjuicio que realmente le hiera, éste tendrá que ser provocado por la juventud que crezca en el conocimiento de Dios y propague y enseñe la palabra divina a otros.

No hay nadie que crea cuan dañino y diabólico es este designio. Se produce tan silenciosamente que nadie lo advierte; y habrá ocasionado el perjuicio antes de que se pueda aconsejar, prevenir o ayudar. Se teme a los turcos, las guerras y las inundaciones, pues en todo esto es comprensible en qué consiste lo dañino y lo beneficioso. Pero nadie advierte ni tampoco

⁴ Is. 40:6-7.

⁵ Jn. 14:30.

nadie teme lo que aquí se propone el diablo; se produce solapadamente. Sin embargo, si alguien estuviese dispuesto a donar un ducado para luchar contra los turcos, aun cuándo ya se nos viniesen encima, con mayor razón debería ofrendar en este caso cien ducados, aunque con esta suma no se pudiera educar más que a un solo muchacho para que sea un verdadero cristiano, porque un verdadero cristiano vale más y puede ser de mayor provecho que todos los hombres sobre la tierra.

Por consiguiente, ruego a todos vosotros, amados señores y amigos míos, que por amor de Dios y de la pobre juventud no tengáis en menos este asunto, como hacen muchos que no advierten lo que se propone el príncipe de este mundo. Pues ayudar y aconsejar a la juventud es asunto serio e importante, de sumo interés para Cristo y para todo el mundo. Nos sirve también a nosotros y a todos los hombres de ayuda y beneficio. Tened presente que estos ataques secretos, solapados y pérfidos del diablo deben contrarrestarse con toda seriedad cristiana. Estimados señores, si anualmente se gasta tanto en armas de fuego, caminos, puentes, diques e innumerables objetos similares, a fin de que una ciudad goce de paz y prosperidad temporal, ¿por qué no invertir, con más razón, la misma suma en la pobre juventud necesitada, empleando a una o dos personas idóneas como maestros de escuela?

Además, todo ciudadano debiera sentirse motivado por lo siguiente: Hasta ahora ha tenido que perder mucho dinero y bienes en indulgencias, misas, vigiliias, fundaciones, testamentos, aniversarios, frailes mendicantes, cofradías, peregrinaciones y otras extravagancias; y estando libre en adelante, por gracia de Dios, de semejantes robos y donaciones, debiera en lo sucesivo, por gratitud y en honor a Dios, donar una parte para escuelas donde educar a los pobres niños, lo cual sería una preciada inversión. Pues si no hubiera irrumpido la luz del evangelio para liberarlo, tendría que dar inútilmente a los ladrones antes mencionados diez veces esa cantidad y aún más perpetuamente. Y sepa, por otra parte, que donde hay oposición, queja, obstáculos y dilaciones, allí seguro que está el diablo, el cual no se oponía de igual manera cuando se daba para los conventos y misas, sino que más bien incitaba para que se diera a raudales; pues él advierte que esta obra no le favorece. En consecuencia, amados señores y amigos míos, sea ésta la primera consideración que os motive, que debemos resistir en este asunto al diablo, que es el enemigo solapado más dañino.

La segunda consideración se basa en las palabras de San Pablo en 2ª Corintios 6, donde dice que no debemos recibir en vano la gracia de Dios ni dejar pasar el tiempo favorable. Por cierto, Dios todopoderoso nos ha visitado a nosotros los alemanes con su gracia y ha proclamado un verdadero año de jubileo. Contamos actualmente con los hombres jóvenes más excelentes y doctos, engalanados con lenguas y toda suerte de artes, los cuales podrían prestar un gran servicio si nos valiésemos de ellos para instruir a la juventud.

¿No es evidente acaso que en la actualidad se puede preparar a un muchacho en tres años de tal modo que a los quince o dieciocho años sabe más que todas las universidades y conventos hasta ahora? En efecto, ¿qué se ha aprendido hasta ahora en las universidades y conventos sino a ser burros, zoquetes y alcornoques? Uno estudiaba veinte o cuarenta años sin llegar a aprender el latín o el alemán. Y no quiero mencionar la vida infame y viciosa que ha pervertido tan lamentablemente a la noble juventud.

En verdad, si las universidades y conventos hubieran de seguir como hasta ahora, sin aplicar otro sistema de enseñanza y de vida para la juventud, preferiría que ningún muchacho aprenda nada y que no pueda hablar. Pues es mi seria opinión, súplica y deseo que esos establos de asnos y escuelas del diablo o se hundan en el abismo o se transformen en escuelas cristianas. Pero, siendo el caso que Dios nos ha bendecido tan abundantemente, dándonos un gran número de hombres capaces de enseñar y educar adecuadamente a la juventud, es por cierto menester que

no despreciemos la gracia de Dios y no dejemos que llame en vano a nuestra puerta. Él está delante de la puerta: ¡Dichosos de nosotros si le abrimos! Él nos llama: ¡Bienaventurado quien le conteste! Si perdemos la oportunidad y él pasa de largo, ¿quién podrá hacerlo volver?

Consideremos nuestra anterior miseria y las tinieblas que nos rodeaban. Opino que Alemania nunca ha oído tanto de la palabra de Dios como ahora; al menos no se advierte nada semejante en la historia. Si, pues, la dejamos pasar sin agradecimiento y honra, es de temer que padezcamos tinieblas y plagas aún más terribles. Amados alemanes, comprad mientras el mercado está a las puertas; recoged la cosecha mientras es de día y hace buen tiempo; valeos de la gracia y de la palabra de Dios mientras están a mano. Pues es preciso que sepáis que la palabra y la gracia de Dios son como un aguacero que pasa y ya no vuelve al lugar donde estuvo antes. Estuvo entre los judíos; pero pasó y se fue, ahora no tienen nada. San Pablo lo llevó a Grecia; pasó y se fue; ahora tienen al turco. También lo tuvo Roma y la nación latina; pasó y se fue, ahora tienen al papa. Y vosotros, alemanes, no debéis pensar que lo tendréis perpetuamente, pues la ingratitud y el menosprecio no permitirán que permanezca. Por eso aferre y retenga quien pueda; las manos perezosas no podrán sino tener un año malo.

La tercera consideración es seguramente la más importante, a saber, el mandato de Dios, quien por medio de Moisés tantas veces insta y exige a los padres que enseñen a los hijos, como también dice en el Salmo 78: "Tanto mandó a nuestros padres que informasen a los hijos y enseñasen a los hijos de los hijos"⁶. Y lo mismo señala también el cuarto mandamiento de Dios, donde exige a los hijos que obedezcan a los padres con tanto rigor que incluso manda sentenciar a muerte a los hijos desobedientes⁷. ¿Para qué vivimos los adultos "O para cuidar, enseñar y criar a la juventud? Como no es posible que estos atolondrados se enseñen y guíen a sí mismos, Dios los ha encomendado a nosotros que somos viejos y sabemos por experiencia lo que es bueno para ellos; y él nos pedirá cuenta muy estricta de ellos. Por eso también Moisés manda diciendo: "Pregunta a tu padre, el te lo dirá; a los ancianos, y ellos te lo mostrarán"⁸.

Es realmente vergonzoso que hayamos llegado al extremo de que sea necesario instigar y ser instigados para educar a nuestros hijos y a la juventud, y pensar en su bienestar, cuando la propia naturaleza debiera impulsarnos, como también nos lo demuestra de múltiples maneras el ejemplo de los paganos. No hay bestia irracional que no cuide de su cría y le enseñe lo que le conviene, excepto el avestruz, del cual Dios dice, en Job 39, que se endurece para con sus hijos corrió si no fuesen suyos, abandonando sus huevos en la tierra. ¿De qué valdría que tuviéramos e hiciéramos todo lo demás y fuéramos como verdaderos santos, si descuidamos el propósito principal de nuestra vida, a saber, el cuidado de la juventud? Considero, además, que entre los pecados exteriores que comete el mundo ninguno es tan grave ante Dios ni merece pena tan severa como precisamente el que cometemos con nuestros hijos si no los educamos.

Cuando yo era joven se solía mencionar en las escuelas este proverbio: *Non minus est negligere scholarem quam corrumpere virginem*: "No es menos descuidar a un alumno que corromper a una virgen". Esto se decía para asustar a los maestros, pues en aquel entonces no se conocía pecado más grave que deshonorar vírgenes. Pero, ¡por Dios!, violar vírgenes o mujeres — que, como pecado corporal y conocido, puede expiarse— es mucho menos grave que el pecado de abandonar y deshonorar a las nobles almas, porque semejante pecado ni siquiera se considera ni se reconoce como tal, y nunca se expía. ¡Ay del mundo para siempre y perpetuamente! Todos los días nacen niños, que crecen entre nosotros, sin que por desgracia nadie se ocupe en la pobre

⁶ Sal. 78:5-6.

⁷ Dt. 21:18-21

⁸ Dt. 32:7.

niñez y la guíe, quedando abandonada a su propia suerte. Los conventos y escuelas catedralicias deberían ocuparse en ello, pero desgraciadamente ellos son de quienes Cristo dice: "¡Ay del mundo por las ofensas! Cualquiera que ofende a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino, y que se le hundiese en lo profundo del mar"⁹. No son otra cosa que devoradores y corruptores de la niñez.

Tú me dirás: "Todo esto se refiere a los padres; ¿qué tiene que ver con los concejales y autoridades?" Tienes razón. Pero si los padres no lo hacen, ¿quién lo hará? ¿Ha de abandonarse la tarea y descuidar a los niños? ¿Acaso se excusarán las autoridades municipales con el pretexto de que no les corresponde? Hay varias razones porque los padres no lo hacen.

Primero, hay quienes no son suficientemente probos y decentes para hacerlo, aunque pudieran, sino que son como los avestruces que se endurecen con sus hijos y se contentan con haber puesto los huevos y engendrado hijos. No hacen otra cosa. Y sin embargo estos hijos vivirán entre nosotros y con nosotros en la misma ciudad. ¿Cómo admitirá la razón, y sobre todo el amor cristiano, que se críen sin educación, convirtiéndose en veneno y ponzoña para los demás niños, hasta que finalmente se pervierte toda la ciudad, como sucedió en Sodoma y Gomorra, en Gabaá¹⁰ y otras ciudades?

Segundo, la mayoría de los padres por desgracia son ineptos para esto, no sabiendo cómo educar y enseñar a los hijos, porque ellos mismos no han aprendido otra cosa que a llenar el estómago. Es preciso que haya personas especiales para enseñar y educar a los niños de una manera recta y adecuada.

Tercero, aun cuando los padres fueran aptos y quisieran hacerlo ellos mismos, carecen de tiempo y oportunidad, por causa de otras ocupaciones y de la administración de la casa, de modo que la necesidad obliga a tener ayos comunitarios para los niños, a no ser que cada uno quiera tener el suyo propio. Pero esto sería demasiado oneroso para el hombre común y, por otra parte, más de un buen niño sería descuidado a causa de su pobreza. Además, muchos padres mueren dejando huérfanos. Si no nos basta la experiencia de cómo son atendidos por sus tutores, nos debiera aleccionar el hecho de que Dios mismo se llama padre de los huérfanos¹¹, es decir, padre de los que están abandonados por todos los demás. Hay también quienes no tienen hijos, y por eso no se preocupan del asunto.

Por consiguiente, incumbe a las autoridades municipales poner toda su atención y empeño en la juventud. Ya que se ha encomendado a su fiel cuidado los bienes, el honor, la seguridad y la vida de toda la ciudad, no cumplirían con su deber ante Dios y el mundo si no procurasen día y noche por todos los medios el bienestar y mejoramiento de la ciudad. La prosperidad de la ciudad no consiste sólo en acumular grandes tesoros, y construir fuertes murallas y casas hermosas, fabricar muchos cañones y armaduras. En efecto, cuando abunda todo esto, y algunos locos insensatos se apoderan de ello, tanto peor será y lanío mayor oí perjuicio para esa ciudad. Por el contrario, la mayor prosperidad, seguridad y fortaleza de una ciudad consiste en tener muchos ciudadanos capaces, sabios, juiciosos, honorables y bien educados, los cuales después podrán acumular, conservar y utilizar debidamente tesoros y toda clase de bienes.

Así se procedía en la ciudad de Roma, donde los niños eran «•ducados de tal modo que al llegar a los quince, dieciocho o veinte años dominaban perfectamente el latín, el griego y toda

⁹ Mt. 18:6-7.

¹⁰ Jue. 19-20.

¹¹ Sal. 68:5.

clase de artes liberales, como se las llama¹², e inmediatamente iniciaban actividades militares y gubernamentales. Así se formaban hombres sagaces, juiciosos y competentes, hábiles en toda clase de conocimientos y experiencia, a tal punto que si actualmente fundiésemos en un solo montón a todos los obispos, curas y monjes de Alemania, no reuniríamos todo lo que se hallaba en un soldado romano. Por esa razón su situación prosperaba tanto, pues había gente hábil y apta para toda clase de tareas. Así, pues, la necesidad siempre ha obligado en todo el mundo, también entre los paganos, a emplear ayos y maestros si se quería hacer algo útil de un pueblo. Así también en San Pablo, Gálatas 3, el término "ayo" está tomado del uso común de la vida humana cuando dice: "La ley ha sido nuestro ayo".

Puesto que una ciudad necesita tener gente [educada], y puesto que la carencia, penuria y queja más generalizada es que faltan [tales] personas, no se debe esperar que aparezcan por generación espontánea; tampoco se esculpirán de piedras ni se tallarán de madera. Dios no hará milagro alguno, mientras el asunto se pueda resolver mediante otros bienes otorgados por él. Por eso debemos colaborar, sin escatimar esfuerzos ni gastos, para criarlas y formarlas. ¿Quién tiene la culpa de que actualmente en todas las ciudades escaseen hombres capaces si no las autoridades que han dejado crecer a la juventud como árboles del bosque, sin preocuparse de educarla e instruirla? Como consecuencia, han crecido tan desordenadamente que no se prestan para construir, sino que sólo son matorral inútil, apto únicamente para el fuego.

Siempre tendrá que haber gobierno civil. ¿Habremos de permitir que sólo nos gobiernen hombres palurdos y groseros, si podemos enmendar la situación? Sería por cierto una actitud estúpida e insensata. De este modo bien podríamos dejar que los puercos y lobos se constituyan en señores y gobiernen sobre quienes no procuran ser gobernados por hombres. También es perversidad inhumana no pensar más allá de esto: "Nosotros gobernaremos ahora; ¿qué nos importa lo que suceda a los que vienen después?" Semejante gente, que solo busca en el mando su propio beneficio y honor, debiera gobernar a puercos y perros, y no a hombres. Aun cuando se aplicase sumo empeño en educar para el gobierno sólo a personas capaces, doctas y hábiles, con todo habría que esforzarse y preocuparse de que todo ande bien. ¿Qué sucederá si no se hace nada en este sentido?

Pero otra vez me dices: "Si bien es conveniente y necesario tener escuelas, ¿de qué nos sirve aprender las lenguas latina, griega y hebrea y otras artes liberales? ¿No podríamos enseñar alemán, la Biblia y la palabra de Dios, que nos bastan para la salvación? Respondo: Sé muy bien lamentablemente que los alemanes tendremos que ser siempre bestias y animales salvajes, como nos llaman las naciones vecinas, cosa que nos merecemos. Pero me extraña que nunca digamos: ¿Para qué queremos seda, vino, especias y mercancías exóticas extranjeras, teniendo nosotros mismos en Alemania vino, trigo, lana, lino,, madera y piedra, no solo para satisfacer nuestras necesidades, sino también lo más selecto y escogido para engalanarnos y adornarnos? Despreciamos las artes y lenguas que, no para perjuicio sino para mayor adorno, utilidad, honra y provecho nos sirven tanto para entender las Escrituras Sagradas como para ejercer el gobierno secular; y, en cambio, no queremos renunciar a los productos extranjeros, que no nos hacen falta ni nos sirven, sino que nos esquilman hasta los tuétanos. ¿No nos llaman con razón alemanes brutos y bestias?

En efecto, si las lenguas no prestasen otra utilidad, nos debiera alegrar y entusiasmar el solo hecho de que sean un don divino tan noble y excelente, con el cual Dios nos está visitando y agraciando tan profusamente en la actualidad a los alemanes, mucho más que a todas las otras

¹² Las artes liberales estaban formadas por el trivium (gramática, dialéctica, retórica) y el quadrivium (aritmética, música, geometría, astronomía).

naciones. No hay indicios de que el diablo hubiera permitido que resurgiesen a través de las universidades y conventos, los cuales han bramado siempre contra los idiomas y aún siguen bramando. Pues el diablo olió bien la tostada. Si resurgieran las lenguas, se produciría en su reino una brecha que no le sería fácil cerrar. Al no poder impedir que resurgiesen, se propone mantenerlas en tan escasas raciones que por sí solas vuelvan a declinar y desaparecer. Son como un huésped inoportuno que ha venido a su casa, por lo cual le dará de comer de tal manera que no permanezca mucho tiempo. Amados señores, hay muy pocos entre nosotros que advierten esta maligna perfidia del diablo.

Por consiguiente, amados alemanes, abramos los ojos, demos gracias a Dios por la noble joya, reteniéndola firmemente, para que no nos sea arrebatada de nuevo y el diablo logre su malvado propósito. Pues, si bien el evangelio ha venido y viene diariamente tan sólo por el Espíritu Santo, no podemos negar que ha venido a través de las lenguas. Y así también se ha difundido y debe conservarse. De igual manera, cuando quiso difundir por los apóstoles el evangelio a todo el mundo, concedió para ese fin las lenguas. Ya antes había difundido tan extensamente a todos los países, por medio del gobierno romano, los idiomas griego y latín, a fin de que su evangelio pronto diera frutos hasta en las regiones más remotas. Lo mismo ha hecho ahora. Nadie sabía por qué Dios había hecho resurgir las lenguas, hasta que ahora se advierte que fue por causa del evangelio, el cual quería luego revelar, y con él poner en evidencia y destruir el gobierno del anticristo. Por la misma razón entregó a Grecia a los turcos, para que los griegos expulsados y dispersos difundiesen su idioma y sirvieran de incentivo para aprender otras lenguas.

Cuanto más apreciemos el evangelio, tanto más debemos insistir en las lenguas. No en vano hizo escribir Dios sus Escrituras sólo en estas dos lenguas, el Antiguo Testamento en hebreo y el Nuevo en griego. Las lenguas, pues, que Dios no desdeñó, sino que eligió de entre todas las demás para su palabra, también nosotros debemos honrarlas más que todas las otras. Pues San Pablo pondera como un peculiar honor y privilegio de la lengua hebrea que en ella nos está dada la palabra de Dios, diciendo en Romanos 3: "¿Cuál es la ventaja o beneficio de la circuncisión? Bastante. Primero, que le han sido encomendados los oráculos de Dios"¹³. Lo mismo también alaba el rey David en el Salmo 147: "He anunciado sus palabras a Jacob, sus mandamientos y sus juicios a Israel". No lo hizo con ningún otro pueblo, ni les dio a conocer sus juicios. Por eso también se le llama santa a la lengua hebrea. San Pablo, en Romanos 1¹⁴, la llama santas Escrituras, indudablemente a causa de la santa palabra de Dios que está expresada en ella. Así también se le podría llamar santa a la lengua griega, pues fue elegida entre otras para que en ella se escribiese el Nuevo Testamento, fluyendo de ella como de una fuente, mediante la traducción a otros idiomas, a los cuales también santificó.

Es preciso admitir que sin las lenguas no podremos conservar debidamente el evangelio. Los idiomas son las vainas en las cuales está enfundada esta navaja del espíritu¹⁵; son el cofre en que se lleva esta joya; son el recipiente que contiene esta bebida; son la despensa donde se guarda este alimento; son, como enseña el evangelio, los cestos donde se conservan estos panes, peces y trozos¹⁶. En efecto, si por nuestro descuido (Dios no lo quiera), abandonamos las lenguas, no sólo perderemos el evangelio, sino que finalmente llegaremos al extremo de no saber hablar ni escribir correctamente el latín ni el alemán. Como prueba y advertencia válganos el triste y terrible

¹³ Ro. 3:1-2.

¹⁴ Ro. 1:2.

¹⁵ Ef. 6:17.

¹⁶ Mt. 14:20.

ejemplo de las universidades y los conventos, donde no sólo se ha olvidado el evangelio, sino que se ha corrompido la lengua latina y alemana, de tal manera que esta mísera gente se ha convertido en verdaderas bestias que no saben hablar ni escribir con corrección ni el alemán ni el latín, perdiendo casi también la razón natural.

Por ese motivo también los apóstoles consideraron necesario redactar y asegurar el Nuevo Testamento en lengua griega, sin duda para conservarlo seguro y cierto como en una arca sagrada. Pues ellos previeron lo que habría de suceder en lo futuro, tal como ha acontecido, y que si el evangelio sólo se conservase en la cabeza, surgirían en la cristiandad desenfrenado y caótico desorden y confusión, toda clase de opiniones, suposiciones y doctrinas, todo lo cual no se podría evitar ni contra lo cual no se podría proteger a la gente sencilla, a no ser que se pusiera el Nuevo Testamento a seguro resguardo en escritura e idioma.

Es indudable, pues, que si no se conservan las lenguas desaparecerá el evangelio. La experiencia lo ha demostrado y aún lo prueba. Inmediatamente después de los tiempos de los apóstoles, al desaparecer las lenguas, también fueron declinando poco a poco el evangelio, la fe y toda la cristiandad, hasta hundirse del todo bajo el papa. Después de decaer las lenguas, no se ha visto nada especial en la cristiandad, y en cambio se produjeron muchas atrocidades por desconocimiento de las lenguas. Pero, por el contrario, al haber resurgido ahora las lenguas, traen consigo semejante luz y producen tal portento que todo el mundo queda admirado y debe reconocer que tenemos el evangelio casi tan limpio y puro como lo tenían los apóstoles, y que ha sido restaurado en su pureza prístina y mucho más puro de lo que fuera en los tiempos de San Jerónimo y San Agustín. En fin, el Espíritu Santo no es ningún insensato, ni se ocupa en cosas superfluas e inútiles; y él consideró las lenguas tan útiles y necesarias para la cristiandad que muchas veces las trajo consigo desde el cielo. Este solo hecho debiera bastar para incitarnos a cultivarlas con diligencia y respeto, no despreciándolas, porque él mismo las ha hecho resurgir en la tierra.

Tú me dices: "Muchos Padres fueron salvos, e incluso enseñaron, sin las lenguas". Es cierto. Pero, ¿a qué atribuyes que se equivocaran tantas veces respecto a la Escritura? ¡Cuántas veces yerra San Agustín en el Salterio y otras exposiciones, como asimismo Hilario y todos los que trataron de explicar las Escrituras sin conocer las lenguas! Y si bien expusieron acertadamente algunas cosas, no estaban seguros si su interpretación de un pasaje era correcta. Traigo a colación un ejemplo: Es correcto decir que Cristo es Hijo de Dios. Pero sonaba ridículo a los oídos de los adversarios que adujeran como fundamento el Salmo 109: "Tecum principium in die virtutis tuae"¹⁷, pues en ese pasaje la lengua hebrea no dice nada de la divinidad. Defender la le de esta manera con fundamentos inciertos y textos erróneos, ¿no es acaso una ignominia y una burla para los cristianos frente a los adversarios que dominan el idioma? Con ello se obstinan aún más en el error, y cuentan con un buen pretexto para considerar nuestra fe como sueño humano.

¿Quién es responsable de que nuestra fe quede en ridículo? Se debe a que no conocemos las lenguas, y no hay otra solución que conocerlas. ¿No se vio obligado San Jerónimo a traducir de nuevo los Salmos del hebreo, porque los judíos, cuando se argumenta con ellos en base a nuestro Salterio, se mofan de nosotros diciendo que nuestra versión no coincide con el texto hebreo? Ahora bien; las exposiciones de todos los antiguos Padres que se ocuparon en las Escrituras sin conocer las lenguas son de tal índole que —aun sin enseñar nada falso— usan muy frecuentemente un lenguaje incierto, impropio e inadecuado; andan a tientas como un ciego a lo largo de la pared, y muy a menudo no aciertan el verdadero sentido del texto y le dan una in-

¹⁷ Véase Sal. 110:3.

interpretación según su antojadizo parecer, como en el caso del texto antes citado: "Tecum principium, etc." El propio San Agustín se ve obligado a reconocer en De doctrina cristiana que un maestro cristiano, para explicar la Escritura necesita, fuera del idioma latino, también el griego y el hebreo. De otro modo es imposible que no tropiece en todas partes. Ya de por sí será difícil y trabajoso aun cuando uno conozca las lenguas.

Por esa razón hay una gran diferencia entre un simple predicador de la ley y un intérprete de la Escritura, o, como dice San Pablo, un profeta. Un simple predicador dispondrá, por cierto, gracias a las traducciones, de muchos pasajes y textos claros con que puede comprender y enseñar a Cristo, llevar una vida santa y predicar a otros. Sin embargo, carece de elementos para interpretar la Escritura, ocuparse en ella independientemente y disputar con los que la citan erróneamente. Esto no es posible sin conocer las lenguas. Ahora bien, en 1.ª cristiandad siempre serán necesarios tales profetas que estudien la Escritura, la interpreten y sean aptos para la polémica; no basta con la vida santa y la enseñanza correcta. De ahí que las lenguas son absolutamente necesarias en el cristianismo, como también los profetas o intérpretes (de la Escritura), si bien no es preciso ni hace falta que todo cristiano o predicador sea tal, profeta, como dice San Pablo en 1 Corintios 12 y Efesios 4¹⁸.

Así es como ha sucedido que la Escritura haya permanecido tan oscura desde los tiempos de los apóstoles y que nunca se hayan escrito exposiciones seguras y claras. Pues, como ya he dicho, los santos Padres también erraban muy frecuentemente y, por desconocer las lenguas, muy pocas veces coinciden; uno dice esto, otro aquello. San Bernardo¹⁹ fue hombre de gran ingenio, a tal punto que me atrevería a colocarlo por encima de todos los maestros célebres, tanto antiguos como modernos. Y, sin embargo, muchas veces juega con la Escritura —si bien piadosamente— y la cita en sentido incorrecto. Fue por eso que los sofistas decían que la Escritura es oscura, afirmando que la palabra de Dios es por naturaleza oscura y se expresa extrañamente. Pero no advierten que el problema está en los idiomas, pues si entendiésemos los idiomas no habría discurso más claro que la palabra de Dios. A mí un turco me hablará oscuramente, aun cuando un niño turco de siete años lo entienda perfectamente, porque yo no conozco el idioma.

Por esa razón, también ha sido un intento tonto querer aprender la Escritura a través de las interpretaciones de los Padres y la lectura de muchos libros y comentarios. En lugar de esto, hubiera sido mejor estudiar las lenguas. Por no conocer los idiomas, los amados Padres a veces explayaban un versículo con muchas palabras, y con todo sólo pellizcaban un poco, adivinando la mitad y errando la otra. Y así persigues fatigosamente el sentido, al paso que mediante las lenguas tú mismo podrías deducirlo mucho mejor que aquel a quien sigues. Como es el sol en comparación con la sombra, así son las lenguas comparadas con los comentarios de todos los Padres. Pues si bien corresponde a los cristianos estudiar la Sagrada Escritura por ser su único libro propio, y es un verdadero pecado y vergüenza que desconozcamos nuestro propio libro e ignoremos la lengua y la palabra de nuestro Dios, tanto más vergonzoso es no aprender lenguas, máxime ahora que Dios nos concede hombres y libros y todo lo que sirve para este fin, estimulándonos al mismo tiempo y queriendo que su libro esté abierto. ¡Oh, cuánto se habrían alegrado los amados Padres si hubiesen podido acercarse a la Sagrada Escritura y aprender las lenguas así como podemos hacerlo nosotros! Gran esfuerzo y diligencia les costó a ellos obtener apenas los mendrugos, mientras que nosotros con la mitad o casi sin ningún esfuerzo podemos conseguir todo el pan. ¡Cómo avergüenza su diligencia nuestra pereza! ¡Con cuánta dureza castigará Dios nuestra desidia e ingratitud!

¹⁸ 1 Co. 12:4-30; Ef. 4:11.

¹⁹ Bernardo de Claraval, abad, 1093-1153.

Aquí corresponde también la afirmación de San Pablo en 1 Corintios 14, de que en la cristiandad se debe juzgar sobre toda doctrina, para lo cual es preciso conocer sobre todo los idiomas. El predicador o maestro bien puede exponer la Biblia de tapa a tapa como le guste, acertando o errando, cuando no está presente nadie que juzgue si lo ha hecho bien o mal. Pero, para juzgar se necesita conocer las lenguas, pues de otro modo es imposible. Por eso, si bien los predicadores corrientes pueden predicar la fe y el evangelio sin conocimiento de las lenguas, tal predicación es insípida y carece de tuerza; al final la gente se cansa y se harta de ella, y finalmente cae por tierra. Pero cuando el predicador está versado en las lenguas, hay frescura y vigor, se estudia toda la Escritura, y la fe se renueva constantemente con una continua variedad de palabras e ilustraciones. Por eso el Salmo 128²⁰ compara tal estudio de la Escritura con una cacería, diciendo que Dios abre los bosques espesos a los ciervos; y el Salmo 1 lo asemeja a un árbol que está siempre verde y tiene agua fresca.

Tampoco nos debe desviar el hecho de que algunos se jactan del espíritu, menospreciando la Escritura; y otros, como los Hermanos Valdenses²¹ que consideran innecesarias las lenguas. Pero, amigo mío, di lo que quieras del Espíritu; yo también estuve en el Espíritu y lo he visto (si de ensalzar la propia carne se trata) quizá más de lo que ellos verán en un año, por mucho que se jacten. Además, mi Espíritu ha dado alguna demostración de sí mismo, mientras que el de ellos se mantiene quieto en su rincón, no haciendo mucho más que gloriarse de sí mismo. Y sé perfectamente que, si bien el Espíritu lo hace todo solo, yo no habría podido llevar a cabo mi tarea si los idiomas no me hubiesen ayudado, dándome un conocimiento seguro y cierto de la Escritura. Yo también podría haber vivido piadosamente y haber predicado correctamente en la intimidad; pero tendría que haber dejado intactos al papa, los sofistas y todo el régimen anticristiano. El diablo no respeta mi espíritu tanto como mi palabra y mi pluma cuando trato de la Escritura. Pues mi espíritu no le quita nada más que mi persona; en cambio, la Sagrada Escritura y las lenguas le dejan poco lugar en el mundo y perjudican su reino.

Así pues, de ninguna manera puedo elogiar a los Hermanos Valdenses por desdeñar las lenguas. Porque, aún cuando enseñen correctamente, tendrán que equivocar a menudo el sentido verdadero del texto, y no estarán preparados ni serían aptos para defender la fe contra el error. Además, su doctrina es tan oscura y está expresada de una manera tan peculiar y ajena al modo de hablar de la Escritura que me temo que no es o no se consérvala pura. Es muy riesgoso hablar de las cosas de Dios de otra manera o con términos distintos de los empleados por él mismo. En síntesis, en su propio medio podían vivir y enseñar santamente; pero, al desconocer las lenguas, carecerán de lo que carecen todos los demás, a saber, que no están capacitados para tratar de la Escritura con seguridad y profundidad, ni ser útiles a otros pueblos. Pero, como bien podrían hacerlo y no quieren, que vean cómo responden ante Dios.

Pues bien, baste lo dicho sobre la utilidad y necesidad de las lenguas y escuelas cristianas para la vida espiritual y la salud de las almas. Consideremos ahora también lo referente al cuerpo. Aun cuando no hubiera alma, ni cielo, ni infierno, teniendo en cuenta sólo el gobierno temporal conforme al mundo, ¿no se necesitan más escuelas buenas y hombres doctos que en el régimen espiritual? Hasta ahora los sofistas no se han preocupado de ello en lo más mínimo, sino que han orientado las escuelas tan exclusivamente hacia el estado eclesiástico que era una verdadera deshonra que un hombre docto se casara. Tenía que oír la observación: "Mirad, éste se está

²⁰ Véase Sal. 29:9.

²¹ Seguidores de Pedro Valdo, siglo XII. Lutero se refiere a los hermanos bohemios y moravos. Véase la obra: "De la adoración", 1523, donde en la dedicatoria se dice: "A los hermanos llamados valdenses en Bohemia y Moravia..."

volviendo mundano y no quiere ser espiritual", como si sólo el estado eclesiástico de ellos fuera agradable a Dios y el seglar —como lo llaman— fuera del diablo y anticristiano. Sin embargo, ante Dios son ellos las presas del diablo, y —como sucedió con el pueblo de Israel en el cautiverio babilónico— sólo ha quedado en el país y en su debido lugar el pobre vulgo, mientras que la clase alta y gobernante es llevada, con tonsuras y capuchos, al diablo en Babilonia.

No es necesario decir aquí que el gobierno temporal es un estado ordenado por Dios. Me he explayado tanto sobre este asunto en otros escritos que abrigo a esperanza de que nadie dude de ello. La cuestión es cómo lograr que haya allí hombres eminentes y aptos. En este sentido los paganos nos superan y avergüenzan. En los tiempos antiguos —especialmente los romanos y griegos, que no sabían si ese estado era o no agradable a Dios— hacían estudiar y educar con tanto empeño y diligencia a los niños y niñas para que estuvieran preparados para ese fin que, cuando pienso en eso, debo avergonzarme de nuestros cristianos, y principalmente de nosotros los alemanes que somos tan estópidos y brutos que llegamos al extremo de decir: "¿Para qué sirven las escuelas si uno no ha de ser eclesiástico?" Con todo, sabemos o deberíamos saber cuan necesario, útil y agradable es ante Dios que un príncipe, señor, concejal o gobernante sea docto y competente para ejercer cristianamente su cargo.

Aun cuando —como hemos dicho— no hubiera alma y las escuelas y lenguas no fueran necesarias por causa de la Escritura y Dios, sería motivo suficiente para establecer en todas partes las mejores escuelas, tanto para niños como para niñas, el solo hecho de que el mundo necesita hombres y mujeres hábiles y capacitados para mantener exteriormente su estado temporal; los hombres, para gobernar debidamente el país y al pueblo; las mujeres, para educar y atender adecuadamente la casa, los hijos y los criados. Pues bien, esos hombres deberán surgir de entre los niños, y esas mujeres de entre las niñas. Por eso, es menester enseñar y educar a los niños y niñas en la debida forma para esa finalidad. Ya dije antes que el hombre común no hace nada, no puede, no quiere, ni sabe. Deberían hacerlo los príncipes y señores; pero éstos se pasean en trineo, beben y asisten a mascaradas, y están muy atareados con eminentes e importantes negocios de bodega, cocina y alcoba. Aunque algunos lo harían con gusto, tienen que cuidarse de los demás, para que no se los considere necios o herejes. Por consiguiente, amados concejales, el asunto queda sólo en vuestras manos, tenéis para esto mejor posibilidad y derecho que los príncipes y señores.

Pero tú dices: "Cada uno puede instruir él mismo a sus hijas e hijos, y criarlos en disciplina". Contesto: Salta a la vista en qué consiste esta instrucción y educación. Aun cuando este tipo de educación se haga a la perfección y con todo éxito, no pasa de cierto decoro superficial impuesto. Por lo demás, siguen siendo los mismos zopencos incapaces de hablar de ningún tema, ni de ayudar a aconsejar a nadie. En cambio, si los instruyésemos o los educásemos en escuelas u otras instituciones donde haya maestros o maestras doctos y capacitados que enseñen idiomas, y otras artes e historia, llegarían a conocer los hechos y dichos de todo el mundo, lo que sucedió a las diferentes ciudades, reinos, príncipes, hombres y mujeres. Así, en poco tiempo podrían colocar delante de sí, como un espejo, el modo de ser, la vida, los consejos, los propósitos, éxitos y fracasos, de todo el mundo desde el principio, en base a lo cual podrían orientar su propio pensamiento y ocupar su lugar en el devenir del mundo, con temor de Dios. Además, de esa misma historia podrían sacar el conocimiento y la sapiencia de lo que debieran buscar y evitar en esta vida exterior, para luego aconsejar y dirigir a otros en consonancia. En cambio, la educación que se efectúa en el hogar, sin tales escuelas, intenta hacernos sabios por experiencia propia. Antes de que se logre, habremos muerto cien veces, y durante toda nuestra vida habremos hecho todo sin reflexión; porque lleva mucho tiempo adquirir experiencia propia.

Así pues, ya que los niños tienen necesidad de brincar y retozar, o hacer siempre algo que les agrade, cosa que no se debe prohibir —como tampoco sería conveniente prohibirlo lodo— ¿por qué no establecemos este tipo de escuelas y les ofrecemos tales estudios? Pues, por la gracia de Dios, están dadas actualmente las condiciones para que los niños aprendan con placer y juego, sean lenguas u otras artes o historia. Nuestras escuelas ya no son el infierno y purgatorio donde nos torturaban con casualibus y temporalibus, y sin embargo aprendimos menos que nada pese a las zurras, temblores y angustias y lamentaciones. Si se dedica tanto tiempo y empeño en enseñar a los niños a jugar a los naipes, a cantar y a bailar, ¿por que no se dedica el mismo tiempo a enseñarles a leer y otras artes, mientras son jóvenes, están ociosos, son dúctiles y están ávidos de aprender? Por mi parte, si tuviera hijos y me fuera posible, les haría aprender no sólo idiomas e historia, sino también canto, música y toda la matemática. ¿Qué es todo esto sino mero juego de niños? En tiempos antiguos los griegos cultivaban en estas disciplinas a sus hijos; y con todo, formaban así a hombres admirablemente capacitados, aptos para todo. En efecto, ¡cuánto lamento ahora no haber leído más poesía e historia, y que nadie me las enseñara! En cambio, tuve que leer con gran esfuerzo, costo y perjuicio esa inmundicia del diablo, los filósofos y sofistas, de los cuales tengo suficiente limpieza que hacer.

Pero tú dices: "¿Quién puede prescindir así de sus hijos y educarlos como jóvenes nobles? Tienen que atender las tareas de la casa, etc." Contesto: No es mi intención que se establezcan escuelas como las que han existido hasta ahora, donde un muchacho estudiaba durante veinte o treinta años el Donato y el Alejandro²² sin aprender nada. Vivimos actualmente en un mundo diferente, y las cosas se hacen de otra manera. Mi idea es que se manden a los muchachos a dicha escuela una o dos horas por día, no obstante lo cual el resto del tiempo pueden trabajar en la casa, o aprender un oficio, o lo que se quiera. Así ambas cosas pueden correr parejas, mientras son pequeños y capaces de hacerlo. De todos modos, pasan diez veces más tiempo jugando a las bolitas o a la pelota o corriendo y peleando.

Así también una niña tendrá suficiente tiempo para asistir a la escuela una hora por día, y sin embargo atender debidamente quehaceres del hogar, pues a buen seguro que pasa más tiempo durmiendo, bailando y jugando. Sólo falta el sincero deseo e interés de educar a la juventud., de servir y beneficiar al mundo con gente capacitada. El diablo prefiere brutos alcornos y gente inútil, no sea que los hombres pasen una vida demasiado buena en la tierra.

Los que se destaquen y de quienes se puede esperar que lleguen a ser competentes maestros y maestras, predicadores u otros funcionarios eclesiásticos, debe permitírseles que estudien más intensamente y por más tiempo o que se dediquen por completo al estudio, como leemos de los santos mártires que educaron a Santa Inés, Ágata, Lucía²³ y otros. Así es como se originaron los conventos y escuelas catedralicias, si bien ahora se han pervertido para otro uso nefasto. Y esto haría mucha falta, puesto que la turba tonsurada disminuye rápidamente; y además, en su mayoría son incapaces de enseñar y dirigir, pues no saben otra cosa que cuidar del estómago, que es lo único que les han enseñado. Necesitamos por cierto hombres que administren la palabra de Dios y los sacramentos, y guías espirituales del pueblo. Pero, ¿de dónde los sacaremos si permitimos que se eliminen las escuelas y no establecemos otras más cristianas? Porque las escuelas, tal como se han mantenido hasta ahora, no podrían, aun cuando no desapareciesen, producir más que corruptos perdidos y perniciosos.

²² Aelio Donato, gramático latino, preceptor de Jerónimo, siglo IV, monje franciscano del siglo XIII.

²³ Santa Inés, mártir en Roma, alrededor de 250 A.D. Santa Aágata, mártir en Sicilia, alrededor de 250 Ad. Santa Lucía, mártir de Siracusa, 303 A.D.

Por consiguiente, es necesario que se tomen serias medidas a tiempo, no sólo en interés de los niños, sino también para la preservación del estado espiritual y temporal; no sea que más tarde, si dejamos pasar la ocasión, tengamos que abandonar el cometido, aunque quisiéramos llevarlo a cabo; con lo cual, aparte del daño, nos atormenta para siempre el remordimiento. Dios nos está ofreciendo su ayuda ricamente, extiende su mano y nos provee de lo necesario para este fin. Si lo desechamos, ya tenemos nuestra condenación junto con el pueblo de Israel, del cual dice Isaías: "Extendí mis manos todo el día al pueblo incrédulo, el cual se resiste"²⁴. Y en Proverbios 1: "Extendí mi mano, y nadie la quiso mirar; habéis desechado toda mi ayuda; también yo me reiré de vuestra calamidad y me burlaré cuando os sobrevenga vuestra desgracia, etc."²⁵ Cuidémonos de esto. Veamos, por ejemplo, el empeño que pone el rey Salomón en este asunto, cómo se preocupó por la juventud, a tal punto que pese a sus ocupaciones como rey, compuso un libro para la juventud, llamado Proverbios. Y Cristo mismo, cómo atrae a los niños, con cuánta insistencia los encomienda a nosotros y alaba a los ángeles que cuidan de ellos, en Mateo 18, con lo cual quiere mostrarnos el gran servicio que se presta al educar bien a los niños, y en cambio, cuán terrible es su ira si uno los escandaliza o permite que se perviertan.

Por consiguiente, amados señores, tomad a pecho esta tarea que con tanta insistencia Dios exige de vosotros, que vuestro cargo os impone, que la juventud necesita; y de la que ni el mundo, ni el espíritu pueden prescindir. Bastante tiempo, por desgracia, nos hemos podrido y corrompido en las tinieblas; hemos sido bestias alemanes durante tiempo más que suficiente. Hagamos uso de la razón alguna vez para que Dios advierta nuestra gratitud por su bondad y otras naciones se percaten de que nosotros también somos gente y seres humanos que pueden aprender de ellos o enseñarles algo útil, a fin de que también nosotros contribuyamos al mejoramiento del mundo. Yo he hecho lo mío; siempre ha sido mi propósito servir al pueblo alemán. Si por eso algunos me desprecian y hacen oídos sordos a mi sincero consejo, pretendiendo ser más sabios, no podré evitarlo. Sé perfectamente que otros habrían podido realizar una tarea mejor; pero, como ellos guardan silencio, lo hago yo lo mejor que puedo. Ha sido más conveniente expresarse sobre este asunto, por muy inadecuadamente que haya sido, que guardar absoluto silencio. Y abrigo la esperanza de que Dios motivará a algunos de vosotros, de tal modo que mi sincero consejo no se malogre y que no prestaréis atención a quién habla, sino que seréis motivados por la propia causa, para hacer algo al respecto.

Por último, todos los que tengan el deseo y la intención de que se establezcan y mantengan en Alemania tales escuelas y lenguas deben considerar que es preciso no escatimar esfuerzos ni dinero en instalar buenas bibliotecas o casas de libros, especialmente en las grandes ciudades que disponen de los medios necesarios. Pues, si se desea preservar el evangelio y toda clase de artes, deben estar consignados y compilados en libros y escritos (como lo hicieron los propios profetas y apóstoles, según lo dicho antes). Y esto no sólo con el objeto de que lean y estudien los que nos han de dirigir espiritualmente y temporalmente, sino también para que se conserven y no se pierdan los libros buenos, junto con las artes y las lenguas que ahora tenemos por la gracia de Dios. En esto también el apóstol San Pablo fue diligente cuando mandó a Timoteo que se ocupase en leer²⁶ y también le solicitó que le trajera el pergamino que había dejado en Troas²⁷.

²⁴ Is. 65:2-3.

²⁵ Pr. 1:24-26.

²⁶ 1 Ti. 4:13.

²⁷ 2 Ti. 4:13.

En efecto, todos los reinos que tuvieron alguna importancia se preocuparon por esto, especialmente el pueblo de Israel. Entre ellos fue Moisés el primero en emprender esta práctica, ordenando guardar el Libro de la Ley en el arca de Dios y poniéndolo en manos de los levitas, a los cuales podía pedir copia quien la necesitara²⁸. Incluso ordenó al rey que se procurase copia del libro que poseían los levitas²⁹. De ahí se advierte que Dios ordenó al sacerdocio de los levitas, entre otras obligaciones, también cuidar y guardar los libros. Después, Josué aumentó y mejoró la colección de libros, y más tarde Samuel, David, Salomón, Isaías y muchos otros reyes y profetas. Así se formó la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento, que nunca se hubiera compilado y conservado si Dios no hubiese mandado atender esto con tanta diligencia.

Siguiendo este ejemplo, las escuelas catedralicias y los conventos de antaño también instalaron bibliotecas, si bien con pocos libros buenos. El gran daño que se provocó al no insistir en buenos libros y bibliotecas en ese tiempo, cuando se disponía de suficientes libros y hombres, se advirtió claramente más tarde al decaer las artes y las lenguas y en lugar de libros adecuados el diablo introdujo los libros estólidos, inútiles y perniciosos de los monjes, como el *Catholicon*, *Florista*, *Graecista*, *Labyrinthus*, *Dormí secure* y otras bostas de asno semejantes, con lo cual se corrompió la lengua latina y en ninguna parte se conservó ni escuela, ni contenido, ni método de estudio adecuados. Y, como hemos experimentado y visto, ahora se han recuperado esforzada y laboriosamente —si bien en forma imperfecta— las lenguas y las artes de pedazos y fragmentos de libros antiguos rescatados de entre el polvo y los gusanos. Aún se está hurgando esforzadamente todos los días, tal como se revuelven las cenizas de una ciudad destruida en busca de tesoros y joyas.

Es lo que nos merecíamos; Dios ha retribuido justicieramente nuestra ingratitud al no tener en cuenta sus beneficios y no hacer provisión, mientras teníamos oportunidad y posibilidad, para tener continuamente buenos libros y hombres eruditos. Cuando dejamos las cosas como estaban mostrando total desinterés, él a su vez hizo otro tanto: en lugar de la Sagrada Escritura y buenos libros permitió que se introdujera Aristóteles junto con innumerables libros perniciosos que nos alejaban cada vez más de la Biblia; y por añadidura esas máscaras del diablo, los monjes, y esos fantasmas que son las universidades, fundadas por nosotros con ingentes gastos. Además, nos cargamos con el mantenimiento de muchos doctores, predicadores, maestros, curas y monjes, es decir, grandes burros groseros y rechonchos, adornados con birretes rojos y pardos, como marranos con cadena de oro y perlas. No nos enseñaban nada bueno, sino que nos hacían cada vez más ciegos y estúpidos, a cambio de lo cual devoraban todos nuestros bienes y llenaban sus conventos, y aun todos los rincones, con la basura y el estiércol de sus libros sórdidos y venenosos, a tal punto que horroriza el solo pensarlo.

¿No es una verdadera miseria que hasta ahora un muchacho tuviera que estudiar veinte años o más solamente para aprender suficiente mal latín para ser cura y leer misa? Y muy feliz era quien lo lograba; feliz era la madre que había dado a luz semejante hijo. Y con todo, en toda su vida no pasaba de ser un pobre hombre de pocas luces, que no servía ni para cacarear ni para poner huevos. En todas partes teníamos que soportar semejantes maestros e instructores que no sabían nada ellos mismos, ni eran capaces de enseñar algo bueno y adecuado; incluso desconocían el método de aprender y enseñar. ¿De quién es la culpa? No se disponía de otros libros mal que esos escritos estúpidos de los monjes y sofistas. ¿Qué otra cota podría resultar si no solo alumnos y maestros estúpidos como los libros que empleaban? Un grajo no incuba palomas, y un necio no produce cuerdos. Esa fue la recompensa por la ingratitud de no habernos

²⁸ Dt. 31:25-26.

²⁹ Dt. 17-18.

empeñado en el establecimiento de bibliotecas, permitiendo que se perdiesen los buenos libros y se conservasen los inútiles.

Sin embargo, no aconsejo acumular indiscriminadamente toda clase de libros pensando sólo en el volumen y la cantidad. Yo haría una selección, pues no es necesario coleccionar los comentarios de todos los juristas, los libros de "Sentencias" de todos los teólogos, y las "Cuestiones" de todos los filósofos y los "Sermones" de todos los monjes. En efecto, incluso eliminaría por completo semejante basura, proveyendo mi biblioteca con libros buenos, previa consulta sobre este punto con personas eruditas.

En primer lugar, debería figurar la Sagrada Escritura, tanto en latín como en griego, en hebreo y en alemán, y, si existiese, aun en otros idiomas. Después, los mejores exegetas y, si los pudiese encontrar, los más antiguos, tanto en griego como en hebreo y en latín; luego, los libros que sirven para aprender las lenguas, tales como poetas u oradores, indistintamente de que sean paganos o cristianos, tanto griegos como latinos, puesto que de ellos se debe aprender la gramática. Además, deben estar los libros de las artes liberales y de todas las demás disciplinas; y, por último, también libros de derecho y de medicina, aunque es menester hacer también una buena selección entre los comentarios.

Entre los libros más importantes deberían figurar las crónicas e historias, en cualquier idioma que pudieran conseguirse, porque son de suma utilidad para conocer y guiar el devenir del mundo, como asimismo para observar las maravillas y obras de Dios. ¡Cuántas hermosas historias de acontecimientos acaecidos y cuántas máximas que estuvieron en boga, en Alemania, podríamos tener ahora, de las cuales no sabemos nada, por no haber habido nadie que las pusiera por escrito y que, de haber sido descritas, nadie las hubiera conservado! Por esa razón no se conoce nada de los alemanes en otros países, y todo el mundo nos tilda de bestias alemanes que no saben más que guerrear, comer y beber. En cambio, los griegos y latinos, e incluso los hebreos, han descrito sus asuntos con tanta exactitud y diligencia que, aun cuando una mujer o un niño decía o hacía algo extraordinario, todo el mundo tenía que leerlo y saberlo, mientras que nosotros los alemanes somos siempre alemanes y seguiremos siendo alemanes.

Ahora que Dios nos ha beneficiado tan benévolamente con toda profusión de artes, como de hombres eruditos y libros, es tiempo de cosechar y acopiar lo mejor que podamos, y acumular tesoros, a fin de preservar algo para el futuro de estos años de jubileo, no desaprovechando esta abundante cosecha. Pues es de temer —¡y ya se advierte el comienzo!— que siempre se escribirán nuevos libros diferentes, hasta que finalmente, por obra del diablo, se supriman otra vez los buenos libros que ahora se publican por la imprenta, y vuelvan a irrumpir los libros malos y perniciosos que tratan de temas inútiles e insensatos, llenando todos los rincones. De seguro que el diablo se propone que soportemos y nos torturemos nuevamente con puros Catholicon, Floristas y Modernistas³⁰ y toda la maldita basura de monjes y sofistas, para que estudiemos siempre y no aprendamos nunca nada.

Por consiguiente, amados señores míos, os ruego que dejéis fructificar en vosotros este sincero empeño mío, y si hubiera quienes me consideran demasiado insignificante como para aplicarse mis consejos o que me desprecian como condenado por los tiranos, deberían tomar en cuenta que no busco mi ventaja propia, sino únicamente la felicidad y salvación de toda Alemania. Aunque yo fuera un necio, si acertase algo bueno, no debería haber sabio que considere una deshonra seguirme. Aun cuando fuese turco o pagano, no sería justo desdeñar mis servicios si se advierte que mi proposición no me beneficia a mí, sino a todos los cristianos. Ha

³⁰ Alusión a la escuela nominalista que en lógica y gramática seguía las doctrinas de Guillermo de Occam.

sucedido más de una vez que un necio dio mejores consejos que toda una junta de sabios. Moisés tuvo que aceptar instrucciones de Jetro³¹.

Con esto os encomiendo a todos a la gracia de Dios, para que conmueva y encienda vuestros corazones, a fin de que os ocupéis seriamente en la pobre juventud miserable y abandonada, y que mediante la ayuda divina la aconsejéis y ayudéis para un gobierno saludable y cristiano del pueblo alemán, en cuerpo y alma, con toda plenitud y abundancia, para alabanza y honra de Dios Padre, por Jesucristo, nuestro Salvador. Amén.

**SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR
ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 2 DE MAYO DE 2006.**

³¹ Ex. 18:17-24.